

CAPÍTULO VIII

Reagan y el neoliberalismo europeo

MONTSERRAT HUGUET SANTOS

*Profesora Titular de Historia Contemporánea
Universidad Carlos III de Madrid*

Desde 1945 la relación entre Europa y los Estados Unidos se desarrolló de manera muy desigual, produciéndose los choques más violentos a partir de los años 70 por razones de carácter estratégico y comercial fundamentalmente. A pesar del miedo permanente al riesgo de ver emerger un contrapeso a la potencia política norteamericana, Estados Unidos favoreció el proceso europeo apoyando iniciativas tales como la de Jean Monnet y manifestando constantemente su opinión favorable a la construcción de Europa. No obstante, Estados Unidos fue más reticente a la consolidación de una fuerza comercial y de un bastión defensivo europeos. En este sentido, y en aras tal vez de sustentar el refuerzo de su propia hegemonía, los estadounidenses han jugado siempre la baza de mantener abierta una cierta brecha en el seno de Europa. Las guerras comerciales, ganadas habitualmente por los americanos, han sido cuantiosas. Baste recordar las disputas en torno a la soja, los plátanos, la carne sometida a tratamiento con hormonas, o las propias, más recientes, de los sectores aeronáutico y audiovisual. Así las cosas, a finales de la década de los años 80, el debate en torno a la más que evidente decadencia norteamericana propició la idea de que una Europa unida podría convertirse en el siglo xxi en una gran competidora. Tras 1989 la multipolaridad parecía verosímil y Europa, junto con Estados Unidos y un Extremo Oriente liderado por Japón, se mostraba como uno de los pilares del sistema mundial.

En la práctica, los reiterados choques entre Europa y los Estados Unidos han dado con frecuencia la impresión de un inamovible duelo franco-norteamericano. La negativa francesa a preconizar una rápida ampliación de Europa fue equilibrada con el fomento estadounidense de la misma. Cada país aglutinó en torno a sí mismo al resto de las naciones. Lejos de lo que pudiera parecer, la política de los Estados Unidos con respecto a Europa no fue, en los 80, como tampoco lo había sido antes, monolítica,

ya que trataba a cada país del viejo continente de una manera particular, sin perder de vista un conjunto de objetivos concretos y fundamentales: el objetivo de garantizar el uso de sus bases militares, el de favorecer sus exportaciones y el de asegurar la estabilidad del continente. Pese a todo, Francia, con su independencia proverbial, ha sido siempre una fuente de atención singular para los Estados Unidos. El buen entendimiento político y personal entre Ronald Reagan y Margaret Thatcher hizo más fácil el que las relaciones entre Washington y Londres siguieran siendo especiales. Pero para los dirigentes norteamericanos el vínculo estratégicamente hablando más importante en los 80 fue sin duda Alemania. Este país junto con su Canciller, Helmut Kohl, acapararon la atención estadounidense como líderes naturales de Europa, sentimiento que se intensificó especialmente al final de la década, con la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, la peculiar situación de pérdida relativa de hegemonía en los 80 provocó en los Estados Unidos un debilitamiento serio de la importancia otorgada a Europa. Los acontecimientos de las siguientes dos décadas confirmaron, matizándola, esta perspectiva.

1. EL REAGANISMO O EL RENACIMIENTO DE LA TENSION DIALÉCTICA

En noviembre de 1976 fue elegido Presidente de los Estados Unidos el demócrata Jimmy Cárter. Con él, se volvía a un tipo de diplomacia reconocido como de *estilo nacional*, muy distinta a la practicada durante la etapa Nixon-Kissinger (*diplomacia del equilibrio*) y caracterizada según se recordará por un fuerte cuestionamiento de la prosperidad americana y un resquebrajamiento de la certidumbre moral. Cárter, candidato demócrata que volvía a las fuentes del populismo, fue en realidad impulsado en su carrera hacia el poder por la Comisión Trilateral, creada en 1973 por David Rockefeller, de la que era miembro EEUU junto con los países de Europa Occidental y Japón. En 1980, la elección del republicano Ronald Reagan —reelegido en 1984— expresaba una voluntad ciudadana de cambios ante el desgaste de la administración Cárter en la gestión de la crisis de los rehenes de Teherán. La política de Cárter de boicoteo de los Juegos Olímpicos de Moscú en 1980 fue un gesto político que la opinión pública mundial no dudó en calificar de desafortunado. Sin embargo, durante aquel año de 1980 las propias divergencias habidas en el seno de la Administración republicana, entre ideólogos y pragmáticos, contribuyeron a atemperar en cierta medida la imagen de desaciertos que acompañó a Cárter durante todo su mandato.

La victoria electoral, aplastante, de Ronald Reagan (1980) fue interpretada dentro y fuera de los Estados Unidos como la expresión de un sentimiento generalizado de que, frente a los soviéticos, era desaconsejable el juego del diálogo. Reagan prometía a los Estados Unidos un renacimiento hegemónico. A tal fin, todo hacía indicar que convenía una reactivación de la tensión entre las potencias, si cabe en su versión dialéctica. Cualquier conflicto o diferencia se amparó explicativamente bajo el paraguas de la Guerra Fría. Todos los conflictos posibles se veían como subsidiarios del enfrentamiento principal. La puesta en libertad de los rehenes de la Embajada norteamericana en Teherán —fruto de las negociaciones secretas de los republicanos con las autoridades iraníes a quienes se facilitó el acceso a capitales y armamento imprescindibles en la guerra contra Irak— constituyó un símbolo del cambio de signo de los

tiempos de enorme envergadura. La crítica situación en la URSS, fruto de la ausencia de liderazgo —Breznev fue sucedido por Andropov que a su vez lo fue por Ghénnvka en un clima generalizado de inseguridad y paranoia en las esferas del poder soviético— favoreció un agigantamiento de la figura de Reagan y del cambio de rumbo que significaba, así como la generalización de la conciencia de que la Guerra Fría había renacido. Varios incidentes desgraciados corroboraban esta impresión: los derribos efectuados por cazas soviéticos de un avión cisterna militar norteamericano y de varios aparatos de espionaje electrónico, que volaban a cubierto de un avión de pasajeros coreano —KAL 007— igualmente derribado y que, procedente de Alaska, se salió de su ruta y penetró en el espacio aéreo soviético. La muerte de los 269 pasajeros y la tripulación del vuelo produjo un deterioro inconmensurable de la imagen de la URSS en la opinión pública mundial.

En los inicios de la década el Pentágono dirigió su atención sobre el mundo árabe; Los planes de intervención de emergencia y las acciones guerreras desplegadas en Arabia Saudí, Kuwait o Libia cumplían la finalidad de dar prueba a los Estados Unidos y al mundo del cambio de orientación presidencial. La eclosión fundamentalista en el mundo musulmán hizo posible un enemigo. Una de las expresiones internacionales más virulentas del integrismo fue el asesinato del presidente egipcio Sadat (1981). La repercusión desestabilizadora de este magnicidio fue enorme. El reforzamiento como líder carismático del libio Gadafi dio lugar a que durante la primera mitad de la década Estados Unidos intentara, infructuosamente, liquidar al líder en varias ocasiones —en 1981 se produjo un grave incidente en el golfo de Sirte, en 1986 Trípoli fue bombardeado por cazas norteamericanos. Entre 1982 y 1983 Estados Unidos se vio inmerso en un serio y sangriento conflicto en el Líbano —Israel había lanzado la denominada Paz para Galilea en el sur del Líbano con la intención de liquidar el terrorismo palestino. Junto con fuerzas francesas e italianas, los contingentes norteamericanos llegaron al Líbano para actuar en el conflicto árabe-israelí como fuerzas de interposición y de pacificación. Pero en abril de 1983 el atentado shíita contra la embajada norteamericana en Beirut, así como los sucesivos ataques fundamentalistas contra los cuarteles estadounidenses provocaron Centenares de víctimas que forzaron la retirada americana de la región.

El año siguiente, 1984, fue protagonista de las acciones estadounidenses en territorio caribeño y centroamericano. Así, en octubre se produjo la invasión de la isla de Granada, controlada por el líder de inspiración izquierdista, Maurice Bishop. El golpe militar, respaldado por los Estados Unidos, terminaría con su vida. En Nicaragua y desde 1981 la administración Reagan colaboró activamente en el derrocamiento del régimen sandinista mediante el adiestramiento de la Contra en Honduras y Costa Rica. En Salvador fue muy activa contra la guerrilla izquierdista. Sin embargo Estados Unidos se abstuvo de participar activamente en la guerra entre Argentina y el Reino Unido por el control de las islas Malvinas o Falklands. El posible costo en términos de opinión pública no parecía rentable. Este último latigazo de la Guerra Fría parecía circular por derroteros bien distintos a los de las décadas precedentes. Tras la crisis de Líbano Reagan no iba a arriesgarse a una actuación que acarrearía complicaciones indeseables para su segundo mandato presidencial.

2. EL CONTEXTO ECONÓMICO: LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE Y EL NEOUBERALISMO

Durante la primera mitad de la década de los años 80 los países industrializados se esforzaron por crear las condiciones básicas necesarias para lograr un crecimiento económico sostenido. Su estrategia económica se fundamentó en tres elementos principales. Para empezar, el restablecimiento de la estabilidad de precios. En segundo término, la adopción de medidas a medio plazo con la finalidad de limitar la proporción de recursos reales y financieros absorbidos por el gasto y el déficit del sector público. Finalmente, la búsqueda de un mejor funcionamiento del mercado. Los logros fueron significativos. En 1986 la expansión económica de los países industrializados entraba en su quinto año consecutivo, pudiéndose hablar del período de crecimiento de mayor duración con respecto a las recuperaciones económicas anteriores. Si en 1980 la tasa de inflación era superior al 9 por 100 en los países industrializados, en 1986 llegaba a alcanzar el 3 por 100, el nivel más bajo en los últimos veinte años, al que ayudó la bajada de los precios de los productos básicos y la moderación de los aumentos salariales. Los tipos de interés descendieron ocho puntos desde 1982. Sin embargo, la aplicación de esta estrategia tuvo también sus sombras, esencialmente la referida a la alta tasa de desempleo. Además, el crecimiento económico de los países industriales se desaceleró desde los últimos meses de 1985, con lo cual también se frenaba la expansión del comercio mundial y se acentuaba la tendencia a la baja de los precios de los productos básicos. La reducción en el precio del petróleo y la gran variación de las relaciones entre los tipos de cambio contribuyó a esta desaceleración. No obstante, ya a comienzos de 1987 se apreció una recuperación, estimulada por los bajos precios del petróleo y la reducción de los tipos de interés sobre la demanda final.

Todos los países industrializados avanzaron en la desreglamentación, en la reforma tributaria, en la privatización y la flexibilidad del mercado del trabajo, mediante reformas estructurales que mejoraban —a los ojos de los expertos— la eficacia del mercado de productos y del trabajo, fomentando el espíritu de empresa, factor esencial del crecimiento económico. Los datos de la deuda fueron también positivos en los países industrializados. De la crisis de la deuda de 1982 (déficit agregado en cuenta corriente equivalente al 18 por 100 de su exportación) se pasó en 1986 a una situación aceptable (5 por 100). Se abandonó el déficit comercial y se alcanzó un ligero superávit. Si en 1984 fue la economía norteamericana la que actuó como poderosa locomotora de la economía mundial al crecer su producto nacional un 6'4 por 100, en 1985 le correspondió a Japón el ejercicio de esta tarea, siempre en un tono más modesto. Sin embargo, un año después no hubo ningún país que actuara de manera firme, ya que el crecimiento económico en la zona de la OCDE fue más lento de lo previsto a principios de 1986.

Por lo que a la actitud preferente de su economía se refiere, en la década de los años 80 Estados Unidos concentró su actividad fundamentalmente en Japón, como un trampolín para la expansión en los 90 a las economías mercantilistas de los nuevos países industrializados de Asia oriental y a las grandes economías emergentes. Junto con la apertura del mercado financiero japonés, se produjo la desregulación de los sistemas bancarios latinoamericanos —Latinoamérica perdía terreno a medida que Asia

oriental lo ganaba— y el levantamiento de las barreras en países de reciente industrialización en el Este de Asia. Más allá del objetivo asiático de esta política, poner en tela de juicio el *Estado desarrollista*, se produjeron otros efectos en diversas regiones del planeta. Uno de los más llamativos fue el debilitamiento del *Estado social* europeo. Las reiteradas crisis (recordemos los fenómenos bursátiles de 1987) ponían en evidencia que la política de intervención estadounidense producía nuevas debilidades del sistema, si bien es cierto que reforzaba su propio papel hegemónico en el sistema.

En veinte años (1980-1999) el comercio mundial, medido en exportaciones y en euros constantes, pasó de 1.437 miles de millones a 4.071 miles de millones, multiplicándose por 2,8, un índice superior al incremento de la producción. Ya en los años 80 hubo una penetración muy fuerte de las exportaciones europeas en el mercado estadounidense (entre 1980 y 1999 se multiplicaron por 4'4 en tanto que las importaciones aumentaron 2'4 veces). De esta manera Europa consiguió un saldo promedio anual favorable de 23.000 millones de euros.

Con respecto a las inversiones extranjeras directas (IED) —aquellas que realiza una empresa para crear una filial fuera de su país o para tomar el control de una firma extranjera mediante la adquisición de más del 10 por 100 de su capital— desde mediados de los años 80 las corrientes anuales de IED aumentaron notablemente. En 1980 representaban algo menos del 5 por 100 del producto interior bruto mundial, porcentaje que en el 2000 había ascendido al 20 por 100. Este proceso se localizó y aceleró en el Atlántico. A comienzos del siglo XXI el 80 por 100 del total mundial de emisiones de IED tuvo como protagonistas a los países de Europa Occidental y a los EEUU. Si Estados Unidos se convirtió en el principal emisor de IED, los siguientes fueron el Reino Unido y Francia. En la década de los 80 Japón se mantuvo en seria competencia con ambos países europeos, pero en los 90 no pudo mantener durante mucho tiempo su 18 por 100 de cuota.

Así pues, desde los años 80 se asistió al desarrollo de un conjunto de fenómenos económicos que favorecieron la hegemonía estadounidense. En primer lugar, la formación o consolidación de oligopolios a escala mundial que afectó a la multiplicación de compras y fusiones de empresas en los países desarrollados. En segundo, la racionalización a escala mundial y regional del aparato productivo de las multinacionales. La mayor especialización de sus unidades de producción llevó a una profundización de la división internacional del trabajo.

Por lo que se refiere a los países en vías de desarrollo, hasta finales de la década de 1970 el endeudamiento era tolerable. El precio de los productos de exportación aumentaba, lo que permitía a los países cumplir sin problemas sus compromisos. Pero en 1979-80 se produjo un giro drástico: la política monetaria que adoptó la Reserva Federal de Estados Unidos, seguida del Reino Unido, elevó bruscamente las tasas de interés real. En 1982 el nivel de endeudamiento se había hecho insoportable para los países en vías de desarrollo y en agosto estalló la crisis cuando México anunció que suspendía sus pagos. Los países ricos reaccionaron aplicando políticas neoliberales a escala mundial para garantizar el pago de la deuda. En Europa y en Estados Unidos también los gobiernos redujeron los gastos sociales y privatizaron numerosas empresas públicas para satisfacer las exigencias de los acreedores. Una porción creciente de sus recursos fiscales fue destinada al pago de la deuda. Al generalizarse las políticas de reducción de impuestos sobre el capital, la presión tributaria recayó sobre los trabaja- •

dores. el pago de la deuda promovió la transferencia de una parte creciente de los ingresos de los asalariados y de los pequeños productores hacia los dueños de los capitales. El Banco Mundial y el FMI, dominados por el G7, se ocuparon de administrar la deuda multilateral, al tiempo que el Club de París y el de Londres reunieron a los principales bancos acreedores. Pero, aunque los países más débiles hacían frente a su creciente deuda externa, entre 1980 y 2000 la deuda se multiplicó por cuatro, pasando de 600.000 millones de 1980 a 2'5 billones de 2001.

El neoliberalismo americano tuvo su reflejo al otro lado del Atlántico. Hablar de una Europa neoliberal en el sentido estricto es hacerlo en realidad de la aplicación del liberalismo sin cortapisas en la vida del Reino Unido durante las casi dos décadas posteriores a las elecciones de 1979. Dichos comicios dieron a Margaret Thatcher la posibilidad de subvertir el consenso británico de la posguerra en aras de la hipotética recuperación de un pasado hegemónico y hasta imperial. La puesta en práctica del neoliberalismo en Gran Bretaña pretendía cubrir dos objetivos, el primero de ellos el de la modernización de la economía y el segundo, la reconfiguración del orden institucional y social establecido por la socialdemocracia británica a partir del final de la Segunda Guerra Mundial. El así llamado *thatcherismo* carecía en realidad de ideología inicial, si bien, a comienzos de la década siguiente el Primer Ministro John Major (1990) recogía el testigo y aplicaba a rajatabla los modos y los usos de la política de Thatcher. En los años 80 se redujo el poder de los sindicatos, se eliminó la propiedad municipal de vivienda» públicas y se acometió una campaña de reducción de los impuestos directos. Entre 1983 y 1997 se privatizó la práctica totalidad de las industrias gubernamentales y se reorganizaron los servicios de salud, las escuelas, las universidades y hasta los centros penitenciarios, que pasaron a estar regidos por organismos paraestatales que informaban exclusivamente al gobierno central. Los mecanismos de mercado se introdujeron en los servicios públicos siguiendo el modelo del mercado de trabajo estadounidense, y el derecho laboral fue remodelado. Con políticas de esta naturaleza se produjo una importante descohesión de la sociedad en la que surgían conflictos de distinta índole. Descendió el nivel de los salarios, especialmente para los trabajadores no cualificados. El desempleo total se instaló en uno de cada cinco hogares británicos, resurgieron las enfermedades propias de la pobreza y con ello el recuerdo de los efectos devastadores de la guerra. La limitación de las ayudas sociales no corregía la fragilidad en que el sistema estaba poniendo a un sector muy nutrido de la ciudadanía. Si bien a corto plazo el neoliberalismo británico procuraba un desmantelamiento de viejas estructuras industriales y empresariales necesaria para la modernización y el incremento de la competitividad del país, lo cierto es que, a medio plazo, fomentó una economía efímera al tiempo que demolía los restos de las estructuras sociales que mantenían al país. Con el rechazo radical de la opinión pública, el *thatcherismo* propició lo que para algunos fue un profundo efecto autodestructivo ya que, a la larga, puede atribuírsele el hundimiento del Partido Conservador.

3. ESTADOS UNIDOS Y EUROPA: VISIONES POLÍTICAS DEL MUNDO

A principios de los años 70, Washington estaba dispuesto a emprender, un período de distensión con la Unión Soviética y a acceder a las peticiones de los europeos en el sentido de favorecer una relajación de la Guerra Fría. En un principio, los problemas económicos y financieros de los Estados Unidos se debían en gran medida al coste de la Guerra de Vietnam, y a la sobrevaluación del dólar, que ayudaba a las exportaciones japonesas y europeas. Al déficit de la balanza de pagos norteamericana se le sumó el comercial. Aumentó alarmantemente el desempleo, los salarios quedaron casi congelados, y se manifestaron problemas inflacionarios al tiempo que una significativa debilidad del dólar. El terrible clima económico internacional que siguió a la Guerra Árabe-Israelí de octubre de 1973 —imposición de un embargo del petróleo árabe en la mayoría de los países occidentales y aumento del precio global del petróleo— provocó la adaptación forzosa de EEUU y Europa a la nueva situación. En igualdad de condiciones, se hacía necesaria una mayor cooperación. Así pues, Estados Unidos no pudo sino aceptar una sustancial emancipación de Europa Occidental con respecto a su tutelaje. Prueba sin embargo de la tendencia dirigista en las relaciones atlánticas fue que, sin mediar consulta previa a los propios europeos, Henry Kissinger declaró 1973 como el Año de Europa.

Así, ya a finales de los años 70 comenzó a percibirse que los países de Europa Occidental y Oriental divergían cautamente de las políticas sugeridas por sus patrones en Washington y Moscú. Las naciones de Europa fueron construyendo gradualmente una identidad europea común, haciéndose más conscientes de sus intereses compartidos en los asuntos mundiales. El distanciamiento entre los Estados Unidos y la URSS tuvo como contrapartida el acercamiento de los países europeos entre sí, que, en 1984 hacían serios intentos para revivir la moribunda UEO como brazo militar de la Europa unida. Y es que, a mediados de los años 70 podían observarse graves problemas de cooperación entre las superpotencias. El fortalecimiento del movimiento neo-conservador americano en los años 70 parecía presagiar una nueva fase hostil en la Guerra Fría. La opinión pública europea y muchos políticos de Europa Occidental rehusaron cooperar.

Alemania Occidental y Gran Bretaña comenzaron a compartir la preocupación de Washington con respecto a lo que parecía un intento por parte de la URSS por conseguir la superioridad militar y nuclear, al margen de los acuerdos de reducción de armamento. Esta situación condujo a la decisión de la OTAN (diciembre de 1979) de organizar un rearme *a dos vías*. En primer término, se intentó negociar con Moscú una disminución y hasta la eliminación de los misiles SS-20 de alcance medio que apuntaban a Europa Occidental. De resultar esto inviable, como así fue, se desplegaría armamento americano equivalente, misiles de crucero y misiles *Pershing*, en territorio de Europa Occidental, sobre todo en la Alemania Occidental. La opinión pública europea no aceptó sin embargo esta decisión. En Alemania Occidental se produjo la caída del gobierno de Schmidt y la entrada del gobierno de centro-derecha de Helmut Kohl (1982). A raíz de las numerosas revueltas populares en Francia, el Benelux o la RFA, la ciudadanía dio un fuerte impulso al movimiento pacifista europeo. Con nuevas estrategias políticas, los partidos verdes, pacifistas o ecologistas irrumpieron en los Parlamentos europeos.

En un clima que anunciaba cambios sustanciales, a Estados Unidos le preocupaba principalmente el crecimiento del eurocomunismo europeo, cuya implantación en Italia, Francia y España no era precisamente testimonial. Los partidos comunistas de Europa eran independientes de Moscú y pretendían democratizar sus estructuras de partido. Todos ellos se manifestaban en contra de que sus países tuvieran parte activa en el sistema de defensa atlántico y en consecuencia, de su pertenencia a la OTAN. En 1974 Grecia se había retirado de la Organización en repulsa por la actitud ambigua de los países occidentales con respecto a la invasión turca de la isla de Chipre tras el golpe de estado suscitado por Grecia. El régimen militar de Atenas confiaba en poder unir Chipre con Grecia y mejorar así su deteriorada popularidad nacional. En Italia, Francia, España, y en Portugal cabía la posibilidad de que los comunistas lograran carteras ministeriales. El resurgimiento del anticomunismo norteamericano así lo atestiguaba. El cambio de mentalidad de la sociedad norteamericana culminó con la elección de Reagan (1981-1988) a la presidencia. Como ya anticipara la gestión de Carter durante los dos últimos años de su mandato, Reagan no dudó en volver a los planteamientos más duros de la Guerra Fría. Washington hacía dejación, de sus obligaciones informativas para con sus aliados europeos quienes, en contrapartida, a mediados de los años 70 se mostraban relajados ante las diferencias manifestadas por los Estados Unidos y la Unión Soviética en algunas cuestiones importantes, como la guerra civil que asolaba Angola y Etiopía-Somalia. Por eso, mientras se reavivaban los rescoldos de la Guerra Fría, Europa se mantuvo en los esquemas de la distensión. Así por ejemplo, con el fin de suavizar la crisis de Afganistán, Giscard d'Estaing visitó a Breznev en Moscú. Primero el Canciller Schmidt y luego Kohl estuvieron tremendamente interesados en estrechar lazos con Berlín Este y con Varsovia. A excepción del británico de Margaret Thatcher, muchos gobiernos de Europa Occidental rechazaron el consejo americano de criticar abiertamente las violaciones de los derechos humanos en el bloque del Este. Pese a la opinión americana contraria a los mismos, mantuvieron los acuerdos económicos para la ayuda a la construcción de un oleoducto y de un gasoducto de Siberia a Europa Occidental, además de una serie de programas de rearme.

En los 80, la visión con respecto a la política internacional era netamente diferente a ambos lados del Atlántico. Mientras en Europa occidental se consideraba necesario mantener las conversaciones con las administraciones del Este pese a las conductas y actividades reprensibles de los gobiernos de Moscú y de Europa del Este, en 1980 Estados Unidos boicoteaba como dijimos los Juegos Olímpicos de Moscú, secundado tan sólo por Alemania Occidental, todavía muy sensible a las actitudes americanas en Europa. De modo que en la segunda mitad de la década, la independencia de ambas Europas con respecto a Estados Unidos y la URSS era patente. Prueba de ello fue el establecimiento de lazos económicos y comerciales de los países del Este (Alemania Oriental, Hungría y Rumania) con la Europa Occidental. A partir de 1985 la progresiva dulcificación de las relaciones Este-Oeste —se produjeron diversas cumbres entre Reagan y Gorbachov (1986-88) que condujeron a drásticos tratados de reducción de armas— mantuvo a los gobiernos europeos como espectadores pasivos. Ni Moscú ni Washington consultaban a sus aliados europeos. De hecho, hasta mediados de 1989, dos de los principales líderes de la Europa Occidental, Thatcher o Kohl, se mostraron muy preocupados por los acuerdos americano-soviéticos de reducción de

armas nucleares. Recuérdese el tratado INF o de Fuerzas Nucleares de Alcance Medio de diciembre de 1987. Estos acuerdos parecían garantizar la seguridad del continente americano pero ofrecían muchas menos ventajas para Europa, haciendo incluso poco verificable la estrategia de *respuesta flexible* de la OTAN. No olvidemos que, si bien limitadas por la retirada voluntaria de una parte de las tropas soviéticas destacadas en los países del Este ordenada por Gorbachov en la primavera y el verano de 1989, los europeos se encontraban aún enfrentados a la abrumadora superioridad de las fuerzas militares convencionales de la URSS. En aquellos días Gorbachov hacía énfasis en su idea de la construcción de una *casa europea*, en la que Europa gozaba de una identidad cultural e histórica común. A mediados de 1989 el líder soviético llevó a cabo un conjunto de visitas por algunas de las principales capitales europeas, Bonn, Berlín. Este y París. Con ello buscaba tranquilizar y transmitir a los europeos la naturaleza pacífica de la nueva política, aún soviética. Pero esta impresión sólo se tuvo de hecho en occidente a comienzos de 1990, cuando a la URSS no le quedó más remedio que aceptar las revoluciones ciudadanas contra los regímenes prosoviéticos que se estaban dando en todos los países de la Europa del Este.

4- CONFLICTOS Y CONVERGENCIAS

Es obvio que la administración Reagan se apresuró a establecer una lectura clara y urgente de la amenaza soviética. Al disipar las ambigüedades de la competición entre el Este y el Oeste, que habían venido produciéndose durante la última década, Estados Unidos privó a los aliados europeos del margen de maniobra que les permitía una cierta autonomía. Pero, los europeos se mostraron de inmediato recelosos ante la mezcla de idealismo y de fuertes intereses materiales que manifestaba la administración Reagan.

Los desafíos claves pusieron en evidencia los distintos puntos de vista existentes a ambos lados del Atlántico. Las cuestiones de fondo eran la relación entre los ejes Este-Oeste y Norte-Sur y el crecimiento de la potencia militar soviética. El 18 de junio de 1982 la administración Reagan había reforzado las sanciones tecnológicas contra la URSS y propiciado un debate sobre la utilización política del arma económica. En enero de 1980 Cárter había suspendido las exportaciones de cereales hacia la URSS y reducido sus privilegios de pesca. El arma de embargo se extendió también a la tecnología, ya que las restricciones en esta materia resultaban de enorme eficacia para mantener el retraso tecnológico. Para compensar los efectos de esta serie de embargos americanos, se produjo un sustancial avance en la cooperación franco-soviética en temas nucleares y de informática. El 18 de junio de 1982, Reagan añadió al embargo de los productos petrolíferos los equipos fabricados por filiales extranjeras de las firmas americanas o por las sociedades extranjeras bajo licencia americana. La finalidad de esta política era obstaculizar la construcción del gasoducto siberiano. Pese a todo, la profunda interdependencia de la que eran deudoras las economías y de las tecnologías occidentales producían dificultades al plantearse la divergencia de las actitudes americana y europea con respecto a la URSS. Europa, favorable a la normalización de proyectos de cooperación, chocaba frontalmente con los Estados Unidos, defensor acérrimo del boicot a la Unión soviética. Finalmente, existía un asunto de suma

importancia, el peso que aún tenía la URSS sobre muchos países del Tercer Mundo y la toma de conciencia de la insuficiente aproximación económica y social de los Estados Unidos con respecto a los problemas de los países que aspiraban a salir del subdesarrollo material y a incorporarse a la vida internacional

En general, heredadas de la etapa del Presidente Carter, durante la presidencia de Ronald Reagan se produjeron tanto la confirmación como la estabilización de los desacuerdos con Europa. Pero también es cierto que no se dieron crisis graves y que se hizo un uso preferente de la diplomacia. Europa disentía abiertamente de Washington y afirmaba sus diferencias con respecto a su aliado. Los negocios europeos, por su parte, perdieron peso en la política económica global de los EEUU. Se redujo el número de encuentros entre el presidente estadounidense y los líderes europeos, pero se añadió una mayor formalidad a las relaciones personales y en consecuencia se atenuó la conflictividad. Todo esto denotaba una mayor seguridad por parte de Europa, al tiempo que una transformación en el juego de equilibrios.

Durante el mandato de Reagan se apreció un notable cambio de los principios, los lenguajes y objetivos en la política exterior estadounidense por lo que se refiere a las relaciones con la Unión Soviética. Europa percibía las crecientes dificultades estadounidenses para sostener el peso político y financiero de sus compromisos militares en el ámbito de la Alianza Atlántica, debido a las dificultades económicas y financieras. Se produjeron señalados casos de disensión. En primer término, y de índole política, la disputa sobre el gasoducto siberiano, debida también a la colaboración técnica y financiera que Italia, Francia y Alemania prestaron a la URSS. Este enfrentamiento se acentuó por las medidas de represalia sugeridas por Washington tras la invasión soviética de Afganistán. Hubo también fuertes divergencias sobre el tema de Oriente Medio y en especial sobre el conflicto entre Israel y los palestinos. Las estrategias respecto del problema de las reacciones ante el terrorismo árabe eran muy diferentes. Así por ejemplo se desaprobó el ataque estadounidense a Libia en abril de 1986. La invasión de Granada por los Estados Unidos y su política en América Central fue objeto de una condena europea unánime. En el terreno económico y financiero, la estrategia estadounidense era tendente a la expansión, mientras que la europea era favorable a la adopción de políticas de austeridad dirigidas al control de la inflación y de la producción. Alemania asumió una posición muy intransigente con respecto a Japón, a su vez más abierto a acoger las instancias estadounidenses y a traducirlas a las líneas de su política económica interna.

La convergencia fue igualmente una dinámica muy digna de recordatorio. Italia, Francia y Gran Bretaña aceptaron la invitación estadounidense para participar en la fuerza multinacional del Líbano, si bien, manteniendo posiciones y adoptando líneas de conducta diferentes. Unos años después acompañaron la acción de los Estados Unidos en el golfo Pérsico, enviando representaciones de sus flotas. Además, los gobiernos europeos secundaron la política de acercamiento USA-URSS y en especial el acuerdo sobre la retirada de los misiles del territorio europeo. La estabilización del dólar, o lo que es lo mismo, la ayuda a los Estados Unidos en el terreno financiero, se saldó con las intervenciones coordinadas de los bancos centrales.

Para Estados Unidos Europa era sinónimo de tres países, Gran Bretaña, Francia y Alemania. Las relaciones con cada uno de ellos eran de crucial importancia, pero muy desiguales entre sí. Durante este tramo de la Guerra Fría los americanos parecieron

dejar de lado los intereses específicos de Gran Bretaña. En 1983 Reagan ordenó la invasión de Granada, miembro de la Commonwealth británica, sin informar al respecto a la primera ministra británica, Mrs. Thatcher. Tampoco se prestó especial interés a los intereses británicos en la guerra de las Malvinas (1984), pese a lo cual, los gobiernos británicos seguían porfiando en la idea de que las ventajas que les reportaba la relación con los Estados Unidos —acceso a la tecnología militar y posibilidad de seguir actuando en un escenario global y no sólo regional— compensaban con creces la desventaja de ser tan sólo un socio menor. Gran Bretaña siguió apoyado de manera incondicional a los Estados Unidos —recuérdese el bombardeo americano de Libia en 1986— de quien por otra parte recibió un apoyo esencialmente informativo de cara a sus acciones militares. Con respecto a Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña compartían la preocupación, verificada en los años 90, de que alcanzase una posición hegemónica en Europa e incluso un papel relevante en la comunidad internacional. De modo que Thatcher practicó una acción de acompañamiento sin fisuras con respecto a los EEUU.

Las relaciones con Francia fueron mucho más ambivalentes. La primera razón, posiblemente histórica, era provocada por el recelo americano hacia la cultura política francesa, hacia un lenguaje ideológico que se les hacía profundamente subversivo. En segundo lugar, los franceses no podían permitirse el lujo británico de distanciarse de Europa, y por ello se sentían incómodos con la manera en que los intereses americanos en la Guerra Fría impulsaban la política americana sobre Europa, presionando por ejemplo para el rearme de Alemania. La tercera razón era la pervivencia de la influencia gaullista. Tras la dimisión de De Gaulle, en 1973, las relaciones franco-americanas mejoraron un poco, pero la antipatía francesa hacia los Estados Unidos sobrevivió a De Gaulle. En 1974 Francia rehusó participar en la Agencia Internacional de la Energía, patrocinada por Estados Unidos. Sin embargo, ambos países supieron también cooperar en algunos conflictos, tales como el del Líbano en 1983 o durante la Guerra del Golfo. Así pues, pese a la teoría que indicaba el recelo como la tendencia que marcaba las relaciones entre ambos países, en general en los años 80 y 90 se observa más una colaboración que una competencia. Las posiciones verdaderamente hostiles a USA en Europa estuvieron localizadas en países periféricos como Grecia y España. A Francia le cupo llevar la voz cantante de un sentimiento compartido por muchos europeos, el del antireaganismo, si bien, en líneas generales, Mitterrand siguió una política de acercamiento a las posiciones estadounidenses que no obstante no se confundían con ellas.

La política económica e internacional de Estados Unidos provocó en 1982 un continuo sobresalto entre sus aliados europeos. La agresividad de Reagan, en relación con el talante dubitativo de Carter, provocaba dicha reacción. La política monetarista norteamericana en el seno de la economía occidental llevó a afirmar al liberal luxemburgués Gaston Thorn, presidente de la Comisión Europea, que *las relaciones entre Estados Unidos y Europa se encontraban en su peor momento desde la segunda guerra mundial*. El alza, durante los diez primeros meses de 1982, del precio del dólar infringió un aumento singular del precio de la factura occidental de petróleo que irritó notablemente a los europeos. Tres decisiones de Washington levantaron ampollas en las capitales europeas. La primera fue la reducción de las exportaciones de acero de los diez al mercado norteamericano. La segunda provino de las sanciones contra las

empresas alemanas, francesas, italianas y británicas, que participaban en la construcción del gaseoducto siberiano y que fueron levantadas sin que se conociesen exactamente los términos del compromiso interaliado. La tercera, finalmente, fue la exigencia norteamericana, formulada en la reunión ministerial del GATT, de que la Comunidad Económica Europea modificase su política agrícola común.

Con respecto a las tensas relaciones entre los Estados Unidos y la URSS, los europeos, pese a compartir con el socio atlántico una política de firmeza con respecto a la URSS, contemplaron con inquietud la dureza de la Administración Reagan. El interés de los aliados europeos era suavizar la tensión y obligar a los dos grandes líderes a negociar, tanto una reducción de armamentos como un marco de relaciones económicas flexible, que permitiera a la CEE continuar su política de distensión y de intercambios comerciales con el bloque del Este. Pero de momento no se avanzó en ninguno de estos aspectos. De hecho, lejos de reducir el armamento, la URSS se planteó como estrategia amenazadora la implantación de 572 euromisiles para finales de 1983.

Para la administración norteamericana del presidente Ronald Reagan, la visión de Europa occidental era la de un conjunto de Estados y ciudadanos desagradecidos al apoyo esforzado y continuo de los Estados Unidos. Ello denotaba una clara falta de comprensión hacia el punto de vista los gobiernos de Europa —conservadores o progresistas— con respecto a la actitud de los Estados Unidos en el mundo. Estados Unidos acusaba de enorme insensibilidad a los europeos occidentales, por su incompreensión ante el embargo de Reagan a la construcción del gasoducto soviético, el afán de instalar misiles en la OTAN que neutralizasen los misiles soviéticos, o el énfasis de defensa contra la *subversión* marxista en Centroamérica. Los cambios operados en Europa —mecanismos electorales que permitían la alternancia de las derechas y las izquierdas— se volvían incomprensibles para los EEUU, que contemplaban a Europa occidental un tanto altiva con respecto a un país, los EEUU, con quien compartía fronteras políticas e ideológicas. Para los EEUU Europa no tenía en cuenta los 326.000 soldados norteamericanos presentes en la defensa de esas fronteras comunes, ni el paraguas nuclear cuya finalidad era defender a dicha Europa de las posibles veleidades de la expansión soviética. Los países europeos no contribuían al incremento de la defensa que la Administración Reagan consideraba imprescindible para mantener la superioridad militar frente al imperio oriental. Los responsables de vender la doctrina Reagan en Europa, de limar aristas y someter la desconfianza y hasta la rebeldía de los europeos hacia la política de Washington, fueron el entonces vicepresidente George Bush y el Secretario de Estado George Shultz.

5. EN TORNO A LA SEGURIDAD EUROPEA

Durante el año 1975 la URSS había comenzado a desplegar los misiles SS 4 y SS 20, armas de alcance medio, ojiva única y dotadas con cabezas múltiples. Estos misiles, dirigidos hacia Europa, no formaban parte de las categorías a las que se referían los acuerdos SALT, dado que su radio de acción era inferior a 5.500 km. El 28 de octubre de 1977 el canciller Schmidt exigió que las negociaciones sobre la limitación de armamentos considerasen todas las categorías de armas y que se estableciese la paridad de armamentos convencionales y nucleares tácticos en Europa. Pero los diplomá-

ticos americanos interpretaron las declaraciones del canciller como un requerimiento de que se extendiesen las negociaciones con la URSS a las armas nucleares de medio alcance. Este tipo de armas no estaba cubierta ni por los SALT ni por los MBFR, siendo estas últimas un paquete de negociaciones sobre la reducción mutua y equilibrada de las fuerzas en Europa central, que se desarrollaron en Viena, paralelamente a la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación. No debemos olvidar que los misiles SS 20, desplegados entre los meses finales de 1977 y el verano de 1979, eran armas de contrafuerza que hacían vulnerable todo el dispositivo militar de Europa occidental sin provocar daños colaterales de consideración. A comienzos de los años 80 Reagan decidió responder con la instalación de misiles Pershing II, con un alcance de 1.800 km y misiles de crucero con un alcance de 2.500 km, muy precisos. Se trataba de una revolución porque con la implantación de estos sistemas euroestratégicos se alteraban las condiciones de disuasión en Europa, que pasaba a tener la consideración de una disuasión flexible, frente a la tradicional, de control de la escalada.

El 30 de noviembre de 1981, Reagan inauguró en Ginebra una conferencia sobre los Euromisiles. Esta iniciativa parecía querer indicar que se volvía al equilibrio. El presidente proponía la opción cero, es decir, Estados Unidos se comprometía a no instalar los Pershing si los soviéticos retiraban todos sus SS 20. El rechazo soviético fue contestado con la decisión de Reagan de implantar los primeros misiles en Alemania Federal a partir de noviembre de 1983. La iniciativa americana contó con el apoyo del canciller alemán Kohl y del presidente francés François Mitterrand. Parecía que la carrera de armamentos iba a consolidarse como uno de los componentes irreductibles de la vida internacional. En 1979 los acuerdos SALT II, en realidad nunca ratificados, no parecían limitar la carrera de armamentos y daban ventaja a la Unión Soviética. Pero el programa presentado por Reagan el 23 de marzo de 1983 introducía un plan de investigación tendente a la neutralización de los misiles soviéticos con medidas defensivas. El potencial innovador de este programa fue inmenso. Reagan persuadió al complejo militar-industrial y a la comunidad científica, a la opinión pública y al Congreso de su país. El presupuesto aprobado para la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDS) entre 1985-1989 era de 26.000 millones de dólares en créditos. Técnicamente se trataba de concebir un sistema de defensa compuesto por varias pantallas sucesivas que podrían interceptar y destruir los misiles enemigos. La ejecutabilidad sin embargo de los complejos sistemas que era preciso montar obligaba a preguntarse acerca de su eficacia y coste. Estratégicamente hablando, el proyecto avanzaba más allá del dogma de la destrucción mutua asegurada, en favor de un concepto más esperanzador, el de la seguridad fundada en la defensa. Sin embargo, alejada el arma nuclear, con el IDS reaparecía la amenaza de las fuerzas convencionales y, en realidad, se reforzaba cuantitativa y cualitativamente el arsenal nuclear.

En la segunda mitad de la década, la cumbre de Reikiavik, celebrada en octubre de 1986 entre Gorbachov y Reagan, levantó una enorme zozobra entre los aliados europeos de Washington, quienes no fueron consultados suficientemente con antelación. Durante la cumbre las superpotencias se mostraron dispuestas a discutir sobre el espectro armamentista en su conjunto: armas nucleares (estratégicas, de alcance intermedio y de corto alcance), químicas y convencionales, en un ámbito geográfico que iba del Atlántico a los Urales. En las conversaciones de Reikiavik se habló de reducir en un primer período, de cinco años, los arsenales estratégicos de ambas superpoten-

cias a un 50 por 100. En una perspectiva de diez años vista, se consideró la supresión de todos los misiles balísticos, muy desestabilizadores, puesto que, en caso de conflicto, habrían de ser los primeros en ser utilizados. A corto plazo se sugería la desaparición de misiles nucleares de alcance intermedio —euromisiles— permaneciendo sólo cien cabezas en manos de las superpotencias, si bien fuera de Europa. Esta posibilidad dejaría al viejo continente en una situación similar a la reinante en los años 50, con el predominio de los bombarderos estratégicos, aunque con la diferencia de que ahora adquirirían auge los certeros misiles de crucero. Con respecto a la SDI —Iniciativa de Defensa Estratégica norteamericana, o *guerra de las galaxias*— a la que Reagan no sólo no quería renunciar sino sobre la que propuso incluso una aceleración, la cumbre resultó un fracaso. Europa contemplaba cómo la posibilidad de un incremento de las capacidades armamentísticas y tecnológicas de los EEUU suponía la alteración del equilibrio, que además ponía en peligro la iniciativa soviética de reformas económicas internas.

Los cambios tecnológicos apuntaban a un replanteamiento de las condiciones de defensa convencional de Europa, pero las negociaciones, considerando las asimetrías en las dotaciones militares de las dos alianzas y las doctrinas militares tan opuestas, no iban a resultar fáciles. Un buen marco para avanzar en la confianza fue sin duda la Conferencia sobre Desarme en Europa (CDE), emanada de la CSCE, cuya tercera fase se reanudó en 1986. A la luz de todas estas perspectivas, la OTAN lanzó de nuevo el debate sobre la estrategia militar. El último cambio fundamental en la estrategia de la Alianza Atlántica se había producido en 1967, cinco años después de que Estados Unidos hubiese llevado a cabo unilateralmente el cambio de la doctrina de las represalias masivas por la de respuesta flexible.

BIBLIOGRAFÍA

- AHIJADO, M., *Historia de la unidad europea. Desde los precedentes remotos a la ampliación al Este*, Madrid, Pirámide, 2000.
- AYUSO CANALS, J., *La América que deja Reagan*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.
- FERNÁNDEZ, D., *Historia y economía de la Unión Europea*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 1999.
- MAMMAREIXA, G., *Historia de Europa contemporánea*, Barcelona, Ariel, 1990.
- MELANDORI, R., *La politique exterieur des Etats-Unis de 1945 à nos jours*, París, PUF, 1982.
- NASH, G. H., *La rebelión conservadora en Estados Unidos*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987.
- POWARSKI, R. E., *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Crítica, 2000.
- SORMAN, G., *La revolución conservadora americana*, Barcelona, Folio, 1985.